







El
SECRETO de
COMPOSTELA
ALBERTO S. SANTOS





Basada
en hechos
reales

El
SECRETO *de*
COMPOSTELA

ALBERTO S. SANTOS



 *Editorial El Ateneo*

El secreto de Compostela

Título original: *O Segredo de Compostela*

© 2013, Alberto S. Santos e Porto Editora, S.A.

Autor: Alberto S. Santos

Traductora: Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América del Sur y Central

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Melanie Milagros Sanz

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Ingrid Müller

1ª edición: abril de 2023

ISBN 978-950-02-1358-5

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2023.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Santos, Alberto S.

El secreto de Compostela / Alberto S. Santos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2023.

512 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Mónica Ploese.

ISBN 978-950-02-1358-5

1. Novelas Históricas. 2. Novelas de Misterio. 3. Espiritualidad. I. Ploese, Mónica, trad.

II. Título.

CDD 869.3

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

*A Prisciliano y a Egeria, dos seres
extraordinarios que vivieron más allá de su
tiempo, y a todo lo que representan para nuestra
cultura y nuestra identidad.*





Todo hombre moderno, dotado de espíritu crítico, no puede admitir, por católico que sea, que el cuerpo de Santiago el Mayor repose en Compostela.

MIGUEL DE UNAMUNO

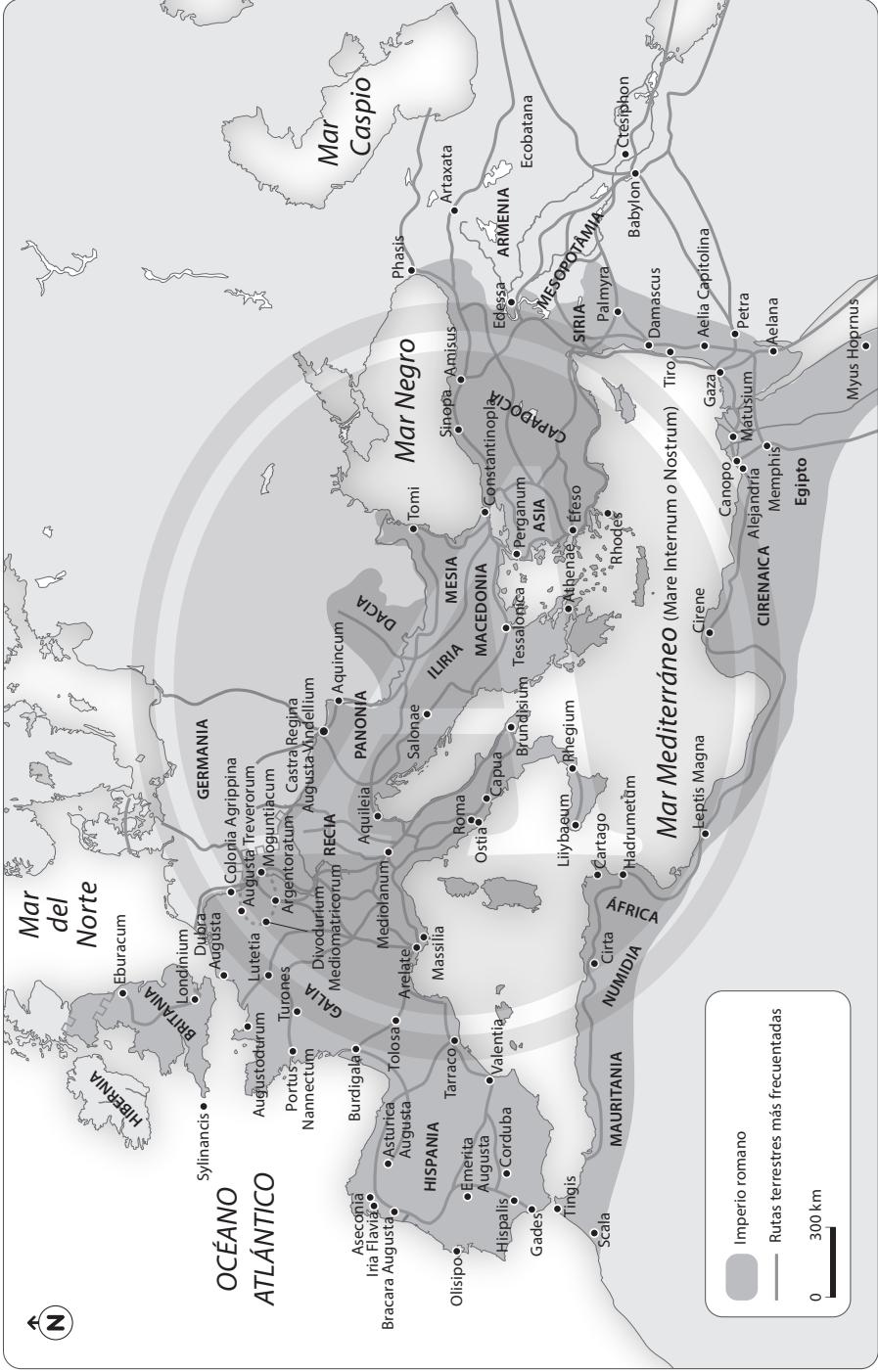
Solo habremos vivido realmente cuando por nosotros haya brillado una luz en un alma, haya resonado la palabra de nuestro pensamiento o se haya afirmado el deseo de que existan más sombras agradables en los desiertos del mundo; haya brillado, haya resonado y se haya afirmado por hacer y por no hacer.

AGOSTINHO DA SILVA

Soy un ignorante en el campo de la ciencia y, en el campo teológico, un herético. Prefiero Platón a Aristóteles y Orígenes a san Agustín, y al gallego Prisciliano a san Santiago de Compostela.

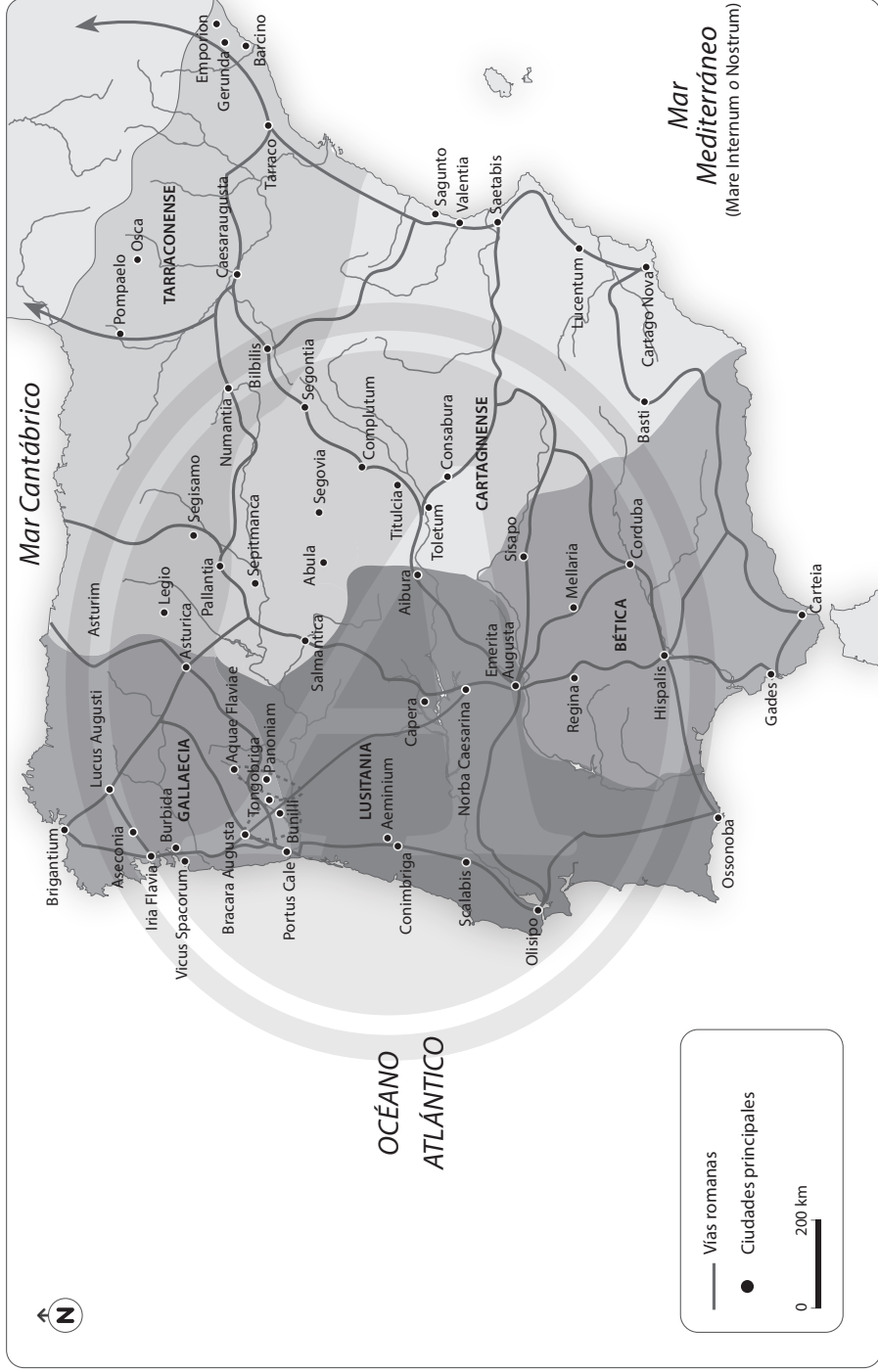
TEIXEIRA DE PASCOAES

Mapa del Imperio romano



Nota: Las correspondencias actuales de las ciudades, localidades y ríos de la época romana se pueden consultar en las páginas 505 a 508.

Mapa de la Hispania (Península Ibérica) romana







INTRODUCCIÓN

A lo largo del tiempo, un inquietante enigma sobrevuela sobre Santiago de Compostela: ¿a quién pertenecen los restos mortales que allí se veneran?

En verdad, Santiago de Zebedeo fue el primero de los apóstoles martirizado en Jerusalén, donde recibió sepultura. Es el único cuya muerte se halla documentada en la Biblia, en el año 44.

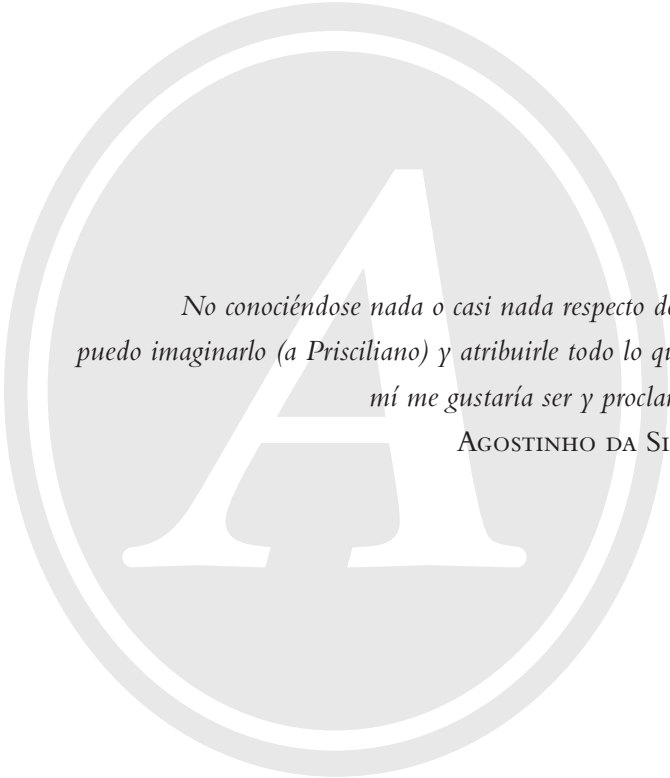
Sin embargo, ocho siglos después, nació en Galicia una prodigiosa leyenda luego de las visiones de un eremita que observó luces extrañas en un bosque, mientras se oían cánticos de ángeles, alrededor del año 820. El obispo Teodomiro, de Iria Flavia (actual Padrón), visitó el lugar y encontró una vieja tumba con restos humanos, que atribuyó al apóstol Santiago y a dos de sus discípulos. La leyenda floreció y más tarde se amplió, mencionando que el cuerpo había viajado milagrosamente en un barco de piedra, guiado por ángeles, durante siete días, hasta la referida Iria Flavia. Según esta leyenda, allí fue desembarcado y transportado hasta la actual Compostela.

Así pues, durante casi ochocientos años, existió un vacío respecto de la veneración del cuerpo de Santiago en Compostela.

No obstante, otra perturbadora tradición, mejor documentada, narra que, al final del siglo IV, llegó por mar a Iria Flavia el cuerpo del líder de un movimiento carismático y espiritual con fuerte arraigo popular en la

Hispania romana, y los de dos de los hombres que lo seguían, que habían sido decapitados a causa de su fe. Desde allí, habrían sido trasladados a su sepulcro, acompañados por una multitud de seguidores. El pueblo inmediatamente les atribuyó fama de santos y mártires y comenzó a adorarlos, a hacer peregrinaciones y los juramentos más solemnes sobre sus sepulcros, invocando sus nombres. La fuerza del movimiento perduró en Galicia hasta la llegada de los musulmanes, a pesar de los sucesivos concilios y acciones para exterminarlo.

Durante muchos siglos, el líder del movimiento fue considerado un hereje por la Iglesia. Sin embargo, el reciente descubrimiento de sus escritos en Würzburg, Alemania, puso en tela de juicio la validez de la persecución y del olvido a los que fue sometido durante casi mil seiscientos años. Y reconocidos autores e historiadores empezaron a preguntarse: “Finalmente, ¿quién está sepultado en Compostela?”. “¿Y si el culto que allí se lleva a cabo fuera la mayor paradoja de la historia de Occidente?”. “¿Cómo comenzó dicho culto?”. Y otros se cuestionaron: “¿Cuál es, entonces, el sentido de las peregrinaciones a Compostela”.



*No conociéndose nada o casi nada respecto de él,
puedo imaginarlo (a Prisciliano) y atribuirle todo lo que a
mí me gustaría ser y proclamar.*

AGOSTINHO DA SILVA





PRÓLOGO

Santiago de Compostela
Año 1879

La noche caía sobre las graníticas callejuelas de Santiago de Compostela, mientras un andrajoso peregrino, inclinado sobre un bastón, iba en dirección a la catedral. Era un hombre sin edad, enclenque, con una verruga en el mentón, que había recorrido miles de kilómetros para llegar a tiempo. Su única compañía era un perro callejero que se le había unido en Burdeos.

—¡Su excelencia, despierte!

La puerta del cuarto del arzobispo de Compostela se estremeció con la fuerza de los nudillos del jadeante canónigo Labín.

Don Miguel roncaba, cansado después de tres noches sin dormir. Los vagos ruidos que entraban en su sueño sonaban como voces del más allá. Detrás de ellas, un ejército de demonios preparados para juzgarlo por la obsesión que acosaba su espíritu.

—Don Miguel, ¡responda, por favor!

Había sido un hombre desalentado el que se había acostado, inmediatamente después de Completas. Las había rezado mecánicamente, sin

prestar atención al sentido de los salmos. La cabeza le estallaba de dolor. Había puesto tantas esperanzas en el descubrimiento que cambiaría el rumbo del arzobispado compostelano ¡y todo en vano! Había mandado excavar en medio del deambulatorio, en la cripta, en la entrada, en la base del Pórtico de la Gloria y en la superficie de presbiterio al lado del Evangelio, adelante del altar mayor. Solo había encontrado desánimo y desaliento. Los sueños le traían la imagen de José Canosa, el deán del cabildo, escarneciéndolo en un juicio presidido por un juez sin rostro.

—¡Señor cardenal!

Labín jamás lo hubiera hecho, pero decidió entrar a la fuerza en la habitación, desesperado ante la ausencia de respuesta.

—¡Suéltense, no he hecho nada!

—¡Soy yo! ¡Cálmese, por favor!

—¡¿Qué sucede, Labín?! ¡¿Qué haces aquí?! —preguntó, aún atontado, sentándose a la vera de la cama y sacándose el gorro de dormir.

—¡La encontramos, don Miguel! ¡Encontramos una sepultura!



Al dar la medianoche, las campanas de la catedral repicaron en el corazón del ferviente arzobispo de Compostela. Al cuarto día de las excavaciones nocturnas, finalmente oía la voz de un ángel. Aturdido, se vistió de prisa. No demoró en cruzar con largas zancadas la plaza del Obradoiro, delante de Labín. Súbitamente se detuvo ante la aparición de una sombra nocturna.

—¡Ahhh... qué susto! ¡Vamos, hazte a un lado! ¡¿Estas son horas de estar aquí?! —gritó el cardenal, acomodándose el birrete cuadrado, a la manera romana.

—Disculpe, acabo de llegar... —respondió el decrepito peregrino, con acento extranjero.

Apurado por entrar al templo, don Miguel ni siquiera había reparado en que llovía copiosamente y mucho menos se había percatado de la

presencia del hombre que se le había aparecido adelante, en medio de la noche y como salido de la nada.

—¡Este parece que adivinó el día! —le dijo a Labín, ya recompuesto y con una gran sonrisa, mientras subía a grandes zancadas la escalera de acceso al Pórtico de la Gloria.

El perro olfateó las piernas de los clérigos y ladró. El peregrino se rascó la verruga y se acomodó el gastado sombrero de ala ancha, que estaba totalmente empapado.

—Sí, adiviné el día... —le comentó al perro mientras le acariciaba la cabeza; los dos clérigos ya continuaban hacia su destino—. Bien sabes que sí, Diógenes.

El animal movió la cola y ladró de nuevo.



Los dos clérigos no escucharon la respuesta ni prestaron atención a la enigmática sonrisa del peregrino que las sombras de la noche escondían. Entraron en el templo, dismantelado en varios puntos, y corrieron hacia el altar mayor. Unas voces acaloradas resonaban al fondo. Vislumbraron a Antonio López Ferreiro, que junto con José Labín estaba a cargo de la dirección de las excavaciones, al lado del maestro de obras Manuel Larramendi, del albañil Juan Nartallo y de un marqués gallego, amigo del cardenal y que, a pedido de este, acompañaba los trabajos desde el primer día.

—¿Qué sucedió aquí, amigos?

—Esta vez, señor cardenal, parece que la suerte llamó a la puerta. Santiago hizo otro milagro —respondió López Ferreiro.

Las antorchas permitían adivinar el brillo en los ojos de aquel hombre tan interesado en la arqueología, las antigüedades y todo lo concerniente a la antigua tradición compostelana.

—¡Vamos, Nartallo, cuéntale al señor cardenal lo que descubriste!

—Después que retiramos la losa, me incliné sobre el agujero y vi un sepulcro que parece ser de piedra y ladrillos —respondió un hombre moreno, bajo y de cabellos ralos, con las manos y la cara sucias de polvo—. ¡Está allí en el fondo!

—¿Solo uno? —preguntó el cardenal, aprensivo—. Se suponía que eran tres... Mmm... este puede ser el primero. O quién sabe... —Don Miguel se rascaba el mentón mientras pensaba—. ¡Vamos, destapa eso y veamos lo que hay allí!

El corazón de Nartallo latía con fuerza y desacompañado. Llenó su pecho de aire, tratando de calmar la emoción. Era un hombre sencillo, del pueblo, profundamente devoto del apóstol, que vivía un momento sobrenatural al lado de gente influyente que confiaba en él para descubrir la más sagrada reliquia de Occidente.

Conmovido, descendió por el agujero, se adentró en la tierra, con un quinqué de petróleo en la mano. Lo depositó junto al sepulcro, para alumbrar su sagrada labor. Con un martillo y un cincel sacó dos ladrillos laterales del sepulcro, que cayeron al suelo. Tomó el quinqué e iluminó el interior.

—Arggghhh... —gritó retrocediendo como si hubiese recibido un puñetazo en el estómago.

—¿Qué pasó? —preguntó Ferreiro de inmediato, desde arriba.

El albañil tosía y no lograba articular palabra.

—¡Nartallo! —Larramendi metió la cabeza por la abertura de la losa—. ¡¿Qué sucede, hombre?!

Los nervios corroían los vientres de los clérigos.

Sin que nadie lo percibiera, el peregrino y el perro entraron en la catedral y se fundieron con una de las columnas, dos sombras fantasmagóricas que las luces trémulas formaban en la noche del templo. Inclinado sobre el agujero, Larramendi vio al sucio albañil que se tapaba la boca y la nariz con la mano mientras se dirigía, como podía, con los ojos desorbitados y húmedos, hacia la salida. Ya cerca del maestro de obras, hizo una señal para que lo dejaran pasar. Entregó la antorcha y se levantó, lívido

como un cadáver, para volver a caer en el suelo de la catedral, todavía tosiendo. Larramendi lo ayudó a salir de la cavidad, lo sostuvo con los brazos y lo sentó en un banco. En tantos años de trabajar juntos, jamás había visto a Nartallo en aquel estado.



Afuera, la lluvia no paraba, como era habitual en los inviernos gallegos. Pero los emocionados habitantes de la catedral compostelana no reparaban en los enormes chaparrones que se abatían sobre el tejado y las ventanas del templo. Un semicírculo de hombres, inclinados sobre el trabajador, aguardaba que este se recompusiera.

—¿Qué sucedió, Nartallo?!

—Vi... Vi un cajón abierto en el sepulcro... Había algo allí adentro, parecían huesos —explicó con esfuerzo—, pero exhalaba tanto hedor que casi me muero...

Payá y Rico respiró hondo y los ojos le brillaron. Sus pensamientos corrían vertiginosamente y una sonrisa de triunfo en el rostro sublimaba su gozo interior: ¡aquel 28 de enero de 1879 habría de quedar grabado en la historia de la cristiandad en vigorosas y bien dibujadas letras de oro!

—Yo sabía... Yo sabía... Gracias a Dios... —murmuraba mientras Nartallo se recuperaba de las náuseas.

Atrapado en sus pensamientos, el cardenal caminaba de un lado al otro por las baldosas del templo, con las manos detrás de la espalda. Ahora solo necesitaba poner su plan en acción. Estaba todo previsto, en el caso de que consiguiera concretar su pía misión: probar científicamente que el sacro cuerpo que aquella catedral había guardado durante tantos siglos era, sin margen de dudas, el de Santiago el Mayor, el hijo de Zebedeo.

—¡Quiero ver la cara de esos incrédulos! ¡¿Dicen que no creen que aquí reposen los huesos de nuestro santo apóstol?! —refunfuñó refregán-

dose las manos mientras evaluaba qué hacer a continuación—. ¡Labín, ve a llamar a don José Canosa! —pidió con un guiño de ojos.

Creyendo en la tradición de que el sepulcro se encontraba debajo del deambulatorio de la catedral compostelana, había preparado la estrategia al detalle: los peritos que analizarían los hallazgos, los historiadores que emitirían su parecer, y, desde luego, las fiestas que se habrían de organizar por tan extraordinaria noticia. Había sido enorme la desilusión cuando, durante los primeros días, los trabajadores apenas habían descubierto una cripta rectangular con dos compartimentos: una construcción sepulcral romana con unguentarios, lacrimatorios, un anillo, collares y adornos femeninos, una piedra de cuarzo color rosa, un caballito de barro —el juguete de un niño romano—, monedas y varias piezas de uso doméstico de vidrio azulado. Pero del sepulcro que buscaba... ¡nada! ¡Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, la rueda de la fortuna había girado para llenarlo de felicidad!

—¡Quiero ver la cara de Canosa cuando vea esto! ¡Oh, sí que quiero! —Don Miguel daba vueltas en torno de su propio murmullo—. ¡Y las de algunos miembros del cabildo! ¡Siempre desconfiando de las ideas del cardenal!

Por la imaginación de Miguel Payá y Rico corría la imagen de los peregrinos regresando y llenando los exhaustos cofres del arzobispado. La culpa de la carestía se debía a la abolición de las rentas que los campesinos de España y del norte de Portugal pagaban a la clerecía compostelana, el Voto de Santiago, instituido por Ramiro I, en la mítica batalla de Clavijo, el 23 de mayo de 844, cuando Santiago se había aparecido, providencial, en carne y hueso, para cambiar la suerte de la lucha contra los sarracenos. Durante muchos siglos, las primicias de las cosechas y de las vendimias habían pasado a pertenecer a la iglesia de Compostela, en los territorios cristianos defendidos y en los que luego se tomaron a los moros. En aquellos fervorosos tiempos perdidos en la bruma de la historia, Ramiro había considerado que aquella era la más que merecida

cuotaparte que se le debía al apóstol, en medio de las ruinas de la guerra, por la forma en que, empuñando la espada, este lo había ayudado a expulsar a los moros.



Discretamente, el delgado peregrino se acercó y se sentó en un banco a pocos metros de lo que sucedía. Miraba con atención a aquellos felices hombres y al albañil convaleciente. Para protegerse del frío, se abrigó con un manto seco que sacó de una bolsa. Su corazón también se alegraba, aunque allí nadie conocía el motivo. Ante el magnífico altar de la catedral, de donde emanaba un leve olor a encierro y a polvo, mezclado con el de las velas y los inciensos quemados, recordaba episodios antiguos y olvidados, que habían marcado un tiempo extraordinario de Occidente, en el distante siglo iv. Acercó a Diógenes, el obediente perro, hacia sí y le hizo una señal para que se mantuviera acurrucado a su lado.



—¿Cómo se les ocurrió de excavar aquí, López?

—Señor cardenal, cada vez que cantábamos sobre este lugar la antifona *Corpora Sanctorum in pace sepulta sunt*, miraba la estrella en el mosaico y la bóveda, donde están pintados los atributos del apóstol, incluyendo el arca y la estrella. Algo quería decir eso... Una señal de nuestros antepasados...

—¡Qué bella intuición, mi buen amigo!

—Ahora es importante decidir qué hacer: ¿nos detenemos aquí o continuamos los trabajos y abrimos el sepulcro?

—Esa es una buena pregunta, López Ferreiro... Déjame ver...

El cardenal, con el peso de sus sesenta y siete años, apretaba los cachetes, que le colgaban de su ancho rostro, mientras pensaba. El intenso olor

del humo de las velas y las antorchas, mezclado con el del petróleo de los quinqués, no le molestaba, sino la poca luz que daban.



Mientras tanto, el peregrino vio que Labín entraba acompañado de otra eminencia. Se atrevió a leerle los pensamientos y percibió que llevaba consigo la semilla de la desconfianza.

—¡Bienvenido, don José Canosa! ¡Tenemos buenas noticias! —informó Payá, regocijándose en su interior.

—¡Buenas noches, don Miguel! Sí, me consta. ¿Tenemos unos huesos, no es cierto? —preguntó el altivo deán del cabildo, con su seca mirada y su rostro mayestático.

—Nartallo no está seguro, pero parece que sí... ¡Y deben de ser muy antiguos!... El olor casi lo mata. —Payá se controló para que el escéptico fuera a comprobarlo en carne propia.

Mientras tanto, la noticia había corrido por el Pazo Episcopal. Blanco Barreiro y otros canónigos no se demoraron en aparecer en el templo.

El peregrino ardía de curiosidad por saber si había llegado la hora de lo que lo había llevado allí. Vio al cardenal conferenciando con López Ferreiro y con el amigo secular, el joven marqués gallego, hijo de unos amigos íntimos, que se había mostrado interesado en acompañar los trabajos.

—¿Qué creen que debo hacer? ¿Mandar a abrir el sepulcro ahora y verificar lo que hay dentro o esperar a que lleguen los peritos?

Los presentes expusieron diversas opiniones. Solo don José Canosa consideró más prudente aguardar a los peritos. La mayoría, liderada por los argumentos del canónigo Jacobo Blanco Barreiro, se inclinó por lo que deseaba el cardenal. Alegaba, con el agrado de Payá, que, a partir del día siguiente, los científicos tendrían mucho tiempo para investigar y certificar los hallazgos. Y que nadie lograría dormir sin conocer el contenido del sarcófago.

—¡Que se abra el sepulcro! —fue la sentencia del cardenal.

—¡Vamos, ábralo! —ordenó Labín a los trabajadores.



Entonces, se apresuraron a retirar más piedras del suelo para ampliar la entrada del hueco en el subsuelo de la catedral. Cuando consiguieron la anchura suficiente para ingresar con más comodidad, un silencio sepulcral se instaló entre las paredes del templo. Por primera vez, don Miguel reparó en que tronaba y llovía torrencialmente. “Una señal del apóstol”, pensó, recordando que era el “Hijo del Trueno”. Tosió a causa del humo y los olores que allí se acumulaban.

—El santo hizo un milagro...

—¡No tengo dudas de que hizo un milagro! Galicia puede enorgullecerse de su santo... Patrono de España, ¿no es cierto?

Payá miró hacia un costado, estupefacto. Aquella voz con acento no era la de ninguno de los canónigos, sino la del andrajoso peregrino que había encontrado en la puerta y que ahora se asomaba hacia adentro del agujero.

—¿Qué haces tú aquí, hombre de Dios?!

—¡Soy un peregrino, señor cardenal!

—¿Y entras a la catedral con un perro?!

—¡Diógenes también es una criatura de Dios, eminencia!

Payá frunció el ceño y dio un paso adelante, fijando la vista en la verruga del extranjero.

—¿De dónde vienes? —preguntó, desconfiado.

—De lejos... De la ciudad de Tréveris, en Alemania. No imagina, señor cardenal, el tiempo y las penurias por las que pasé para llegar hasta aquí... ¡Pero llegué en el momento justo! —afirmó sonriendo junto al perro, que movía la cola—. ¡Estoy muy feliz!

—No deberías estar aquí... —protestó el cardenal.

—Su eminencia no me va a prohibir venerar las sagradas reliquias del santo, ¿verdad?

—Este no es el mejor momento —respondió, cuando se oyeron ruidos desde el interior del subsuelo—. ¿Cómo te llamas?

—A mí me dicen “el Cristo”.

Payá miró de reojo al peregrino y se deshizo en una carcajada.

—Vamos, si eres el Cristo, quédate por ahí, pero no estorbes. Vas a poder ver a tu apóstol... —aceptó, creyendo que el peregrino era un buen augurio para la reanudación de las peregrinaciones que tanto ansiaba.

El peregrino acarició la cabeza de su fiel compañero y se volvió a sentar ante las miradas curiosas. Entonces se oyó una voz desde la excavación:

—¡Estamos quitando la tapa de losa, señor cardenal!

Después que terminó el ruido del arrastre siguió un nuevo silencio, tanto arriba como entre los que se encontraban trabajando. Abajo, los haces de luz se concentraban en la abertura del sepulcro.

—¿Qué ven?

—¡Huesos y cenizas, señor cardenal! Parecen muy antiguos —respondió Labín—. Y también algunas piedras que componían un mosaico romano y pedazos de mármol, unos labrados y otros en bruto...

Una ancha sonrisa se extendió en el rostro del prelado. El grupo se fundió en abrazos de felicidad. Como había previsto el cardenal, la misión estaba destinada al éxito. Se arrodillaron y rezaron casi todos en profunda devoción.

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y su apóstol Santiago el Mayor, patrono de España! —exclamó Payá y Rico, muy feliz.

Don Miguel lo había imaginado y así se cumplía: ¡aquel día quedaría en la historia y él también! El descubrimiento de las reliquias, muy pocas veces vistas, que durante tantos siglos habían permanecido escondidas, era un acontecimiento extraordinario.



Mientras tanto, el peregrino se había arrodillado como si rezara. Al oír el intercambio de palabras entre Labín y Payá, se puso de pie, sacó de su alforja una rosa y la arrojó dentro del agujero, ante la estupefacción general.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Payá.

—Es una rosa azul que hace mucho guardo para este momento.

—¿Azul?! ¡No existen las rosas azules, tonto! —respondió, mirando minuciosamente la flor que a sus ojos era color rosa, mientras murmuraba a un costado—: Este no está bien de la cabeza... o es daltónico...

Todos rieron.

—La mía es azul.

—¿Y de dónde la sacaste?! —preguntó, divertido—. Nunca vi rosas azules.

—La recogí en mi tierra natal y la guardé para esta ocasión —respondió, con misteriosa serenidad—. Pero, de hecho, tiene razón: no hay más, ni habrá más. Es la última, señor cardenal.

La asistencia cuchicheaba frenética sobre el insólito hecho que acababa de presenciar. Pero enseguida la atención cambió de manera radical.

—¡Señor don Miguel Payá y Rico!

La voz que subía de las entrañas de la imponente catedral no sonó bien a los oídos del arzobispo de Compostela. Era hora de escuchar acordes de jubilosa alegría. Pero, a su pesar, no eran la música celestial ni los habituales cánticos afinados los que surgían de las gargantas de los clérigos de la catedral y resonaban en los graníticos rincones, generando un momento místico y de gran elevación para el espíritu. ¡No! La voz que emergía del fondo del sagrado templo parecía salir de un infierno, a pesar de que se resumía a seis breves palabras:

—¡Señor don Miguel Payá y Rico!

Le sonaron secas, trémulas, ansiosas, amedrentadas, misteriosas. Y, además, el cardenal nunca había escuchado que Labín lo tratara con toda la

deferencia de su nombre completo, más allá de las comunicaciones institucionales.

—Dime, Labín...

En la profundidad se imponía de nuevo el silencio. El inquieto don Miguel enfocó su vista para tratar de entrever lo que sucedía en el subsuelo. López Ferreiro se veía inclinado sobre algo, cuyo cuerpo tapaba de manera ostensiva. El maestro de obras Manuel Larramendi y el cantero Juan Nartallo estaban apoyados sobre un montículo de piedras, sin entender lo que lo había atemorizado. Labín señalaba con la mano derecha, llamando a Payá.

—¿Necesitas que baje?!

—¡Sí, don Miguel! ¡Le solicito que venga aquí, por favor!

El cardenal miró alrededor. El corazón le latía de prisa. No se atrevió a preguntar el motivo del pedido del canónigo, pues su intuición le advertía que no lo hiciera. Le pidió al joven marqués que lo ayudara a bajar. Todos los demás vestían sotanas, lo que podía estorbar los movimientos. Ya era suficiente con la suya, que debió enrollar con las manos. Por eso necesitaba a alguien en quien apoyarse.

—¿Qué pasa aquí, amigos? —preguntó con voz afligida no bien llegó al fondo, después de un peligroso descenso entre piedras poco seguras.

—¡Lea esta lápida, por favor! ¡Está escrita en latín!

Labín se apartó y colocó el quinqué junto a la piedra escrita. El joven marqués, instruido en la lengua clásica que había aprendido en las clases del seminario, se acomodó al lado del cardenal y fue él quien lo sostuvo en el momento en que se desvaneció. Cuando se recompuso, miró hacia las profundidades, con el pecho oprimido.

—¡No puede ser! Mi Dios, ¡cómo es posible?! —se quejó entre dientes, lívido como la muerte—. ¡Destruyan esta piedra de inmediato!



Unos metros atrás, el peregrino se levantó del banco, llenó su pecho de aire y esbozó la misma enigmática sonrisa que había dirigido a Payá en la plaza del Obradoiro. A continuación, se arrodilló, acurrucó al perro a su lado, inclinó la cabeza, juntó las manos y rezó en silencio:

*Quiero liberar y ser liberado,
quiero salvar y quiero ser salvado.*

*Quiero crear y ser creado,
quiero cantar y ser cantado.*

¡Danzad todos juntos!

¡Quiero llorar; golpeadme en el pecho!

Quiero ornar y ser ornado.

Soy candil para ti, que me ves.

Soy puerta para ti, quienquiera seas tú quien golpeas.

Tú ves lo que yo hago, no lo nombres.

Con el verbo enseñé, y con el verbo no soy engañado.





1

Aseconia (Santiago de Compostela) Año 349

Prisciliano nació en la paz de su *villa* y en la turbulencia de su tiempo. Fue a la hora nona del octavo día antes de los idus de enero, el día 6 del primer mes romano de 349.

Coincidió con el aniversario del nacimiento del dios egipcio Osiris, que daba inicio al ciclo anual. Entre los cristianos, que comenzaban a diseminarse por el Imperio, se celebraba la Epifanía del Señor. En Mediolanum gobernaba el emperador Flavio Julio Constante, hijo de Constantino el Grande.

—¡Bien que le advertí a Lucidio! ¡Este no era el mejor momento para viajar! Con este frío y yo entrando en el noveno mes... —se lamentó Priscila, sentada con pesadez en la silla, con las señales del parto que se iban transformando en dolores.

La joven matrona de la casa era una mujer de cabellos dorados, delgada, pero con dificultad para moverse.

—¡Vamos, señora, no se preocupe! Está en buenas manos... ¡Lo sabe! —la tranquilizó Valeria—. ¡Todo saldrá bien, con la gracia de Juno!

¡Y solo así podría ser! En las manos sabias y experimentadas de aquella viuda de un colono de Villa Aseconia jamás ninguna parturienta había andado mal.

En el exterior, las paredes del caserón rectangular que rodeaba un ancho peristilo eran severamente fustigadas por la intensa lluvia. Los dioses regaban con abundancia las lejanas tierras del Imperio, la galaica *finis terrae*, pero el clima era poco propicio para quien viajaba. La habitación de Priscila, en el primer piso, a la intemperie, no se veía perturbada por el frío invernal en los confines de Galicia.

—Valeria, sabes que cuento con la protección de mi querida Isis.

La anciana sonreía, aprovechando el ambiente caldeado por el hipocausto que se ubicaba debajo de la planta baja. El aire caliente que circulaba bajo el piso del edificio y por el interior de las paredes transformaba el cuarto en un lugar apacible y acogedor.

—Sí, Juno e Isis habrán de hacer una hermosa yunta para protegerla —la sosegó, con buen humor—. ¡Pero necesita mantenerse en calma para que todo salga a la perfección!

Sin embargo, la atmósfera que rodeaba a la parturienta no era de serenidad. La familia todavía vivía el luto de su hermana mayor, que había muerto el verano anterior, precisamente durante los trabajos de parto. Después de una delicada intervención de la partera que la asistió, se había salvado, *in extremis*, el fruto que llevaba dentro de sí. Lo llamaron Felicísimo, por la gracia de haber sobrevivido a los augurios que de prisa se habían extraído de la lectura de las entrañas de los animales y de los vuelos de las aves. A partir de entonces, muchas de las noches de Priscila se convirtieron en vigilia y otras tantas se despertaba súbitamente, ahogada en su propio sudor, en medio de diabólicas pesadillas que la amenazaban con sufrimientos o con un precoz encuentro con Caronte.

—¡Como si no me bastara con las náuseas y los dolores, ahora estas malditas pesadillas! ¡Ay de mí! —murmuraba la señora de Villa Aseconia por los rincones de la casa.

Era su primer parto y se le presentaba como el último paso del siempre incierto camino de la gravidez. Pero lo que más atemorizaba a la anciana Valeria, a pesar de su experiencia para estar atenta a todos los detalles, era la suerte del feto. Este no se había gestado en un vientre sencillo, pues la madre era una joven de caderas estrechas. Pero eso era algo que se guardaba para sí y que habría de tener en cuenta en el momento de dar a luz.



Valeria durmió a su lado. Cuando la madrugada trajo el alba, Priscila supo que se acercaba la hora de la verdad. Comenzó a padecer temblores y temió entrar en un ataque de pánico. Cuando llegaron las primeras contracciones, se hallaba recostada en la habitación. La partera llamó a las esclavas para que la ayudaran.

—¡Por Júpiter! ¡Tenemos que sujetarla y calmarla! ¡Toma a la señora de ese lado! —le ordenó a una joven criada mientras le indicaba a otra que le agarrara las piernas.

—¡Ay, me muero! ¡Ay, me muero!

—¡Tranquila, señora! ¡Va a estar todo bien!

La partera trató de sosegar a su patrona, pero el temor por la suerte del parto no se le apaciguaba. Llamó a su lado a una de las esclavas que la ayudaban.

—¡Debemos tomar recaudos! ¡La hora se acerca y no puede continuar en este estado! ¡Rápido, ve a buscar agua y mézclale esas hierbas que traje del bosque!

Los esfuerzos para calmarla surtieron poco efecto. Priscila estaba desesperada de dolor. Sin embargo, Valeria sospechaba que el sufrimiento era más de orden mental que físico.

—¡Tú, amarra este amuleto a la parte de arriba de la cadera! —le ordenó a la más corpulenta de las siervas mientras que con un movimiento

rápido aflojaba la cuerda con un talismán que, como mujer precavida que era, llevaba en la cintura.

Convenció a Priscila para que tomara la bebida. La embarazada se tranquilizó un poco. A medida que el tiempo pasaba, las contracciones se sucedían a espacios más breves, pero eran más prolongadas. Y, con ellas, también se aceleraban los temores y la ansiedad de la parturienta, que no paraba de quejarse del dolor en la espalda, en el vientre y hasta en las piernas. Nada que la sabiduría doméstica de Valeria no conociera.

—¡Vamos, me acuerdo muy bien de su nacimiento! ¡También hizo sufrir a su madre, pero tuvo un final feliz!

Villa Aseconia era parte de la herencia de Lucidio, una de las muchas propiedades de la familia diseminadas por Galicia. Después del casamiento, el marido de Priscila había mandado a remodelar la habitación de la pareja y la había decorado con un bello conjunto de mosaicos que componían una hermosa Venus rodeada por un séquito de Nereidas entre delfines, caballos de mar y otros animales marinos. Lucidio Danígeo Tácito había hecho esta elección personal como símbolo de la pasión que Priscila le había despertado. Pero en ese momento nadie tenía tiempo ni discernimiento para apreciar la valiosa reliquia del talento hispanorromano.

El nacimiento de Prisciliano provocó un intenso sufrimiento tanto a la madre como al bebé. La criatura no tomó conciencia en ese momento, y nunca podría explicar las dificultades y las demoras que había atravesado hasta que su frágil cabeza vio la luz y respiró por primera vez el aire tibio del cuarto materno. Un rostro lloroso se asomó al mundo por debajo de la abertura de la cadera. La partera se afanaba en sus labores, porque el cuerpo era demasiado grande para una vía tan estrecha. Los gritos de ambos se mezclaron en el aire, atravesaron puertas, ventanas y paredes y, superponiéndose a las fuertes ráfagas de lluvia, se escucharon en varias dependencias de la *villa*. Los criados detuvieron su trabajo. Unos se reunieron alrededor de los fogones, invocando a los jóvenes lares protectores

de Villa Aseconia, otros observaban nuevamente el vuelo de los pájaros, tratando de adivinar el destino, en tanto que los restantes lo hacían, según la buena tradición augúrica, examinando las vísceras de los animales que, como eximios especialistas, siempre tenían a mano para las emergencias. Y este era el caso. Las mujeres se refugiaron a los pies de un pequeño oratorio, situado en un rincón de la zona donde vivían los colonos, para invocar a Juno Lucina, la diosa protectora del embarazo y el parto.

Pero no fue a un augur ni a ninguno de los ilustres habitantes del panteón romano a quienes Priscila recurrió en el momento de la verdad.

—¡Sálvanos, Isis, reina de los cielos! ¡Ayúdanos tú, oh, madre de los dioses!

En un impulso final, expulsó al bebé junto con un líquido transparente mezclado con sangre. La madre, desgarrada, derramaba lágrimas de alivio.

—¡Aquí está! ¡Es un niño! ¡Un niño enorme, mi señora! —Valeria exhibía al pequeño después de colocarlo en el suelo, inspeccionarlo minuciosamente y de haberlo lavado y abrigado con una manta de seda, mientras Priscila se recuperaba de los dolores.

Luego, lo tomó delicadamente de las manos y lo abrazó, sin prisa. Mientras tanto, el bebé se calmó y abrió los ojos como para descubrir el nuevo mundo adonde había desembocado sin haberlo elegido. Alrededor, las esclavas se apoyaban en las paredes, presas del momento. Afuera, solo la lluvia galaica hacía oír su lamento. Los criados, informados del parto, encendieron velas y recibieron una refección reforzada como reconocimiento por los buenos augurios que allí se habían gestado.

Los ojos de la joven madre eran el espejo de su interior. Brillaban de alegría, alivio y emoción. Sin embargo, interiormente, sentía una preocupación que no lograba comprender.

—¡Te llamarás Prisciliano, en homenaje a tu madre y a los sacrificios que me causaste al nacer! —sentenció Priscila, ceremoniosa—. Gayo Danígico Prisciliano.

Con deleite, lo apretó con amor contra su pecho.

—¡Naciste el día de Osiris! ¡Entre el frío y el calor! ¡Sobrevolaste entre la vida y la muerte, la tuya y la mía! ¡Prepárate, hijo mío, para esta vida incierta, de tristezas y venturas!

Valeria y las jóvenes ayudantes sonreían enternecidas. Aún no era tiempo de que el infortunio tocara a la puerta de la anciana partera. Continuaría con su buena fama en el arte de ayudar al nacimiento de bebés y animales, puesto que también asistía a las pariciones de las cabras, ovejas y vacas de la *villa*, a fin de incrementar su sabiduría.

—¡En estos días iremos a Iria Flavia, al templo de Isis, a agradecerle por los buenos augurios del parto! —remató la dueña de casa antes de apoyar al bebé contra su pecho para alimentarlo por primera vez.

En el calor del cuarto, recompuesta de los esfuerzos físicos y alejada de los temores iniciales, Priscila no imaginaba los apuros y aflicciones que habría de correr desde Villa Aseconia hasta Iria Flavia, en busca del regazo de Isis. Mucho menos pasaba por su mente que un hombre sin escrúpulos rondaba su habitación, preso de un espantoso sentimiento.